

Cuando Perez se despidió de Aurora, esta le dijo aprovechando el ruido que se hacía en la sala:

—Por Dios, Perez, le encargo mucho que si sabe algo...

—Vendré corriendo á decírselo, Aurora, esté usted segura... y espero que no transcurrirán muchos días.



CAPITULO XIII

ERNESTO DOMINGUEZ

DEJAMOS al capitán Ernesto Dominguez, que sin ser el héroe principal de esta leyenda, desempeña no obstante un papel importante, victoreando á Zaragoza y á la República después de la victoria alcanzada el 5 de Mayo sobre el ejército invasor, por unos cuantos batallones de línea mexicanos ayudados por los indios de Zacapoaxtla, y tenemos que seguirlo acompañando, aunque sea muy de prisa, hasta la fecha que alcanza nuestra relación.

Después del triunfo obtenido en los cerros de Loreto y Guadalupe debido tanto al valor de nuestros soldados como á la confianza conque dieron el ataque los franceses creyendo vencer con el primer impulso á hordas indisciplinadas y mal dirigidas por oficiales ignorantes, se tocaron las dianas en el campamento, se dieron las órdenes correspondientes para que los cuerpos fueran alojados parte en los fuertes y parte en los cuarteles de la ciudad, yéndose el

general en jefe muy entrada la noche para Puebla seguido de su Estado Mayor.

Una vez que llegó al cuartel general dijo á sus oficiales:

—Señores: quedan ustedes libres hasta las cuatro de la mañana en que hemos de vernos aquí, excepción hecha de los oficiales de servicio.

Se quedaron tres ayudantes con el general y Ernesto con los demás, que ya eran muy sus amigos, se fueron primeramente en busca de una fonda, en donde cenaron con apetito, y luego pasearon por las calles en busca de aventuras.

Haremos gracia al lector de aquella noche toledana en que cuando menos se saborearon, acompañados de buenos sorbos de cognac, los recuerdos del combate, y como tenemos que ir muy apresuradamente, llegaremos á las tres de la mañana, hora en que todavía Ernesto estaba escribiendo á su madre y á su novia sus impresiones de aquel día, por supuesto con todas las galas de su imaginación sana é impregnada de patriotismo.

Después se enfermó y murió el general Zaragoza, llevándose al sepulcro sus sienes cubiertas de laureles, los negocios de la guerra entraron en calma, el ejército francés, bastante averiado, tuvo que retirarse á Orizaba para esperar refuerzos y entonces Ernesto pudo estar unos días en México luciendo sus galones y azotando las calles con la espada.

Elvira le dijo un día:

—Ya cumpliste con tu deber de patriota, ya probaste que eres valiente, ya puedes continuar tus estudios y recibirte de abogado.

—No, Aurora mia, le había contestado Ernesto, sería indigno que me separara del ejército ahora que la guerra va á continuar con más violencia. El gobierno, á pesar de sus penurias, está engrosando sus elementos y los franceses están recibiendo tropas por Veracruz casi diariamente: pronto habrá una gran batalla, tal vez decisiva, y yo debo encontrarme en ella. Si hay un desenlace feliz ya podré venirme á estudiar; si por el contrario, sufrimos un descalabro, la guerra se prolongará indefinidamente y todo seguirá entonces interrumpido y trastornado. Yo te juro, Aurora adorada, que volveré á tu lado, que pediré tu mano luego que sea digno de tí por haber llenado todas mis obligaciones y ya sobre esa base seremos después muy felices.

Ernesto le había cobrado ya afección á la milicia, se había sentido valiente y apto, era también algo ambicioso y contra un hombre de esas resoluciones tenían que estrellarse, como se estrellaron, todas las flechas de Cupido, así es que regresó inmediatamente á Puebla para continuar en el Estado Mayor de Gonzalez Ortega, que había tomado el mando del ejército de operaciones.

Sabido es, por lo que han escrito los historiadores y por lo que nos dicen nuestros recuerdos, á los que estuvimos en presencia de aquella época desastrosa, que el gobierno estuvo marchando con una lentitud desesperante. Hubo tiempo de cargar sobre el ejército derrotado de Laurencez y de reducirlo á la nada en una persecución de ochenta leguas con cosa de unos diez mil hombres bien organizados de que se disponía, pero solo se destacaron algunas guerrillas

que le causaron tanta molestia como una mosca que le volase cerca de la nariz. Esa se la quitaba de encima á gasnuchos.

También es verdad que el gobierno carecía de recursos, todos los ricos le cerraban sus cajas y el clero, inmensamente poderoso é inmensamente dominador, en su mayor parte era intervencionista y trabajaba con buen fruto por su causa logrando que rodeara una atmósfera de hielo á los hombres de la Administración. Los mismos gobernadores de los Estados se mostraron tibios para mandar sus contingentes de guerra, aunque es preciso también decir en su abono que pocos dejaban de tener grandes dificultades inmediatas, porque los traidores que eran muchos habían cobrado bríos con el apoyo de las armas extranjeras y por donde quiera se levantaban y hacían más agudo el conflicto. No eran sólo los ocho mil soldados de Laurencez bien provistos de todo y dispuestos á defenderse como leones en sus posiciones fortificadas á los que tenían que combatir, sino además á cuerpos armados más ó menos numerosos que acaudillaban Márquez, Mejía, Lozada, Tovar, Zuloaga, Cajiga y otros cien cabecillas. Entre los liberales mismos Vidaurri apareció hostil al gobierno, Doblado vacilante y otros muchos se mostraron en extremo desalentados haciendo más terribles las circunstancias.

No obstante tantas dificultades y miserias, se hacían verdaderos prodigios para formar un ejército, eso sí, escaso de armas porque las que había eran pocas, antiguas y de diversos calibres.

Nuestro ánimo en esta relación, por más que lo de-

seáramos, no es seguir paso á paso tantos acontecimientos como en aquellos años de prueba se acumularon, precisamente por ser muchos y necitar largos comentarios, sino consignar solamente los más culminantes y los muy precisos á fin de no hacer fatigosa la lectura, sino antes bien procurando que resulte instructiva y amena. Así es que pasaremos por alto el desastre del cerro del Borrego en que fué sorprendida una parte del ejército con que se propuso aniquilar Zaragoza á los franceses en Orizaba, por un descuido de Gonzalez Ortega que nunca llegó á justificarse, haremos á un lado así mismo los pequeños ataques á los convoyes y destacamentos de los invasores, lo mismo que las continuas luchas en el interior y las intrigas que se desarrollaban en las esferas de la política y de la diplomacia, para venir á encontrarnos al mariscal Forey al frente de veinticinco mil franceses, teniendo á unos diez mil mexicanos como auxiliares en marcha ya muy lenta pero muy segura, para el centro de la República.

Entonces fué cuando el gobierno mexicano tuvo que redoblar sus esfuerzos en fortificar y artillar las ciudades de México y Puebla para hacer una defensa en que, fuerza es confesarlo, casi nadie podía tener confianza y mucho menos cuando los mismos generales que conocían la situación trataban de quitarse la responsabilidad.

Hemos dicho que Gonzalez Ortega tuvo la mala fortuna de ser sorprendido en el Borrego, lo cual echó por tierra todas las combinaciones de Zaragoza para destruir el pequeño ejército de Laurencez en Orizaba y esto resfrió bastante la buena opinión que

se tenía respecto de aquel general, así es que á la muerte del segundo que acaeció el 8 de Septiembre de 1862, unos cuantos meses después de su magnífica victoria, se nombró á Uraga jefe del ejército y solo porque este manifestó paladinamente que no se comprometía á librar combates á los franceses con los exiguos elementos que se le daban, fué substituido con Gonzalez Ortega que aceptó sin dificultad la situación.

Habia otro hombre más militar y más bien aceptado por los militares que era Don Ignacio Comonfort, pero este no tenía ni las simpatías ni la confianza de Juarez y su gabinete desde el golpe de Estado, así es que el gobierno se vió constreñido á depositar la defensa del honor nacional en otro hombre que se consideraba muy poco á propósito, porque era más político que militar, más galante que soldado, más literato que general. No tenía gran táctica, ni grandes estudios, ni mucha experiencia en la milicia; pero era entusiasta y valiente. Gonzalez Ortega se puso pues al frente de unos quince mil hombres, que con los destacamentos esparcidos y refuerzos que tenían que llegar se aumentarían á unos veinticinco mil, y con esos elementos á los cuales faltaban muchas cosas para que se pudiera llamar un buen ejército, se propuso hacer la defensa que fuera posible contra la perfecta armada de Forey.

Gonzalez Ortega, más que con sus Jefes de División y de Brigada, le gustaba hablar de los asuntos militares con los oficiales de su Estado Mayor. Había cobrado grande afecto á Ernesto Dominguez, que como él, había cursado las aulas, y le dijo un día



Gonzalez Ortega frunció el entrecejo, haciendo un gesto que le era peculiar.

después de haber pasado revista á sus tropas en el campamento:

—¿Qué dice usted, capitán, podremos presentar batalla á los franceses?

—Mi general, le contestó Ernesto con modestia, yo los he visto batirse el 5 de Mayo y son tan esclavos de la disciplina que difícilmente contramarcha una columna sino es cuando está destrozada. Yo tengo la opinión de que nuestros soldados en campo abierto no resistirán la carga de una columna de zuavos.

Gonzalez Ortega frunció el entrecejo haciendo un gesto que le era peculiar y dijo:

—Yo tengo la misma opinión un poco modificada. En los cerros de Guadalupe y Loreto nuestros soldados se batieron bien porque estaban sostenidos por los fuertes, por la artillería y por el terreno y porque no tenían para donde irse cuando estuvieron acosados, de manera que sería necesario ponerlos en las mismas circunstancias. Desgraciadamente en el terreno de que disponemos no hay fuertes

—¿Y la artillería? mi general.

—Nuestra artillería es muy inferior á la de los franceses. Lo que podríamos aprovechar bien en una batalla campal es la caballería; pero no hay cuerpos en que se pueda tener confianza para dar cargas cerradas, principalmente faltándonos los buenos caballos, en lo que también nos ganan con mucho los franceses. Una sola casualidad podría favorecernos y esta sería poderles lanzar nuestras columnas antes de que estuviera organizada la batalla.

—No, general: los franceses son muy diestros para